

XXXVIII

“Ireis á Santa Fe, y entre los fosos
Y trincheras que cerca la morisma
Combates sostendreis más gloriosos.
Hareis resplandecer la verdad misma,
De los prodigios que entreveis hermosos
A la séptuple luz del bello prisma
Del entusiasmo que abrigais, y el celo
Por la misión que os confiara el cielo.”

XXXIX

“Ya no ireis á la Corte falto de oro
Ni de pan, el sustento mendigando;
Pues como corresponde á su decoro,
Os manda abrir la Esposa de Fernando
Las pobres arcas del real tesoro;
No ireis cual peregrino fatigando
Los pies, que la magnífica Isabela
Quiere que *vais* en pobre *bestezuela*.”

XL

“Un grande gozo me anunciáis, responde
Colón de gratitud enternecido;
Otro mayor mi corazón esconde,
Si bien en su esplendor obscurecido
Por nubes de dolor que se alzan donde
Horizontes más claros han lucido.
Os lo voy á decir, aunque por eso,
Vengais á presumir que perdí el seso.”

XLI

Luego los más salientes pormenores
A referirle de su viaje empieza,
Y los rudos combates interiores
Que sostuvo gigante su cabeza:
Ya viendo de magnates y doctores
En el fallo, ignorancia ó ligereza,
Ya sospechando ser su opinión propia
Error grosero, irrealizable utopía.

XLII

Le refirió el extremo desconcierto
De su espíritu, y cómo el sueño vino
A transportarlo á lúgubre desierto
En la región del éter diamantino;
Lo que dormido vió, y oyó despierto,
Explicando el prodigio peregrino,
Y mandándole vuelva sin demora
A la Reina, del Moro vencedora.

XLIII

Las gratas emociones, y alegría
Que tornó á su alma, indefinible y pura,
Como tras negra noche claro día.
Su reembarco inmediato y la amargura
Que para más probarlo Dios le envía
Cuando de Gibraltar en la angostura,
De Zoraida la voz enamorada
Le recordó la guerra de Granada.

XLIV

Reconociendo ser por el relato
 Obra del cielo la visión que oyera,
 Fray Pérez de Marchena en arrebató
 De férvido entusiasmo: "No es quimera,
 Exclama, lo que visteis en retrato,
 Sino imagen de cosa verdadera.
 ¡Dichoso vos! ¡vuestra misión bendita!
 ¡Elegido de Dios, El os visita!"

XLV

"A Santa Fe partamos. Yo presumo
 Que mientras recorremos la distancia
 Que nos separa del alcázar sumo,
 Rendidos á la fe y á la constancia,
 Tornarse pueden en ceniza y humo
 De Boabdíl el poder y la arrogancia,
 Y hallar podremos de Granada abiertas
 Al valor español las férreas puertas."

XLVI

¡Tú, Numen que me inspiras, aunque sabes
 Que luego se pusieron en camino,
 Su prontitud en el obrar no alabes,
 Ni cantes lo que en marcha les avino.
 Resérvame tus tonos más suaves
 Y tu estilo grandilocuo y divino
 Para que cante la primer victoria
 Del gran Colón, y su primera gloria.

XLVII

A su llegada á la ciudad naciente,
 En una sola noche edificada,
 De la guerra al estruendo, por la gente
 De los Reyes Católicos mandada,
 Dí ¿qué fué lo primero que presente
 Del fiel Descubridor á la mirada
 Se ofreció como muestra todavía
 De ser Dios quien lo inspira y quien lo guía?

XLVIII

Ya barrunto qué fué. La que domina
 De la Sierra Nevada en dos collados,
 Y á cuyos pies arrastra cristalina
 La corriente del Darro sus preciados
 Granos de oro, Metrópoli vecina
 De la Vega á los huertos encantados,
 Se le muestra, mas no cual la figura
 Su fantasía, en bélica apostura.

XLIX

Se ha despojado del marcial arreo
 Después de nueve lunas de batalla,
 En que pudo ganar más de un trofeo,
 Mas no vencer en campo ni en muralla;
 Por la apacible oliva y caduceo
 Trueca el dardo veloz y férrea malla
 Radiante de júbilo, pues llega
 La hora en que el Moro á su señor la entrega.

L

En sus mil y trescientas torres fuertes
Y sobre sus palacios de granito
Ondean estandartes de mil suertes,
Sobresaliendo el Lábaro bendito
De la Cruz, con martirios y con muertes
En ocho siglos del altar proscrito,
Y en cien balcones seda voladora
Envidia de Damasco y de Basora.

LI

En las mazmorras subterráneas suena
Un cántico de triunfo, y el cristiano
De su fidelidad á Cristo en pena,
Cautivo en ellas, al sentir la mano
Y el cuello libre, besa la cadena
Que lo asió joven y lo suelta anciano.
Y uno á otro, aquel á este congratula
Con palabras que apenas articula.

LII

La Alhambra de mosaicos, de azulejos
Y de medios relieves que las lides
De filigrana realzan en bosquejos,
De Abencerrajes mil y Almoravides
Rica gala vistiendo, sus cortejos
Apresta de Alfaquíes y de Cides,
Y quemando odoríferos pebetes,
Perfuma sus recónditos retretes.

LIII

Sin embargo, su rey llora pesares,
Y los llora callando, en los salones
Que ayer regocijó con sus cantares.
Baja al Patio angular de los Leones,
Sube luego á la Torre de Comares,
Y al pensar que los regios artesones
A ver no tornará donde naciera,
Le duele el corazón, se desespera.

LIV

¡Triste, mísero rey! Ya acompañados
De gran pompa, y en férvidos corceles,
A la orilla del Betis engendrados,
Isabel y Fernando, de laureles
Ceñidos, y cubiertos de brocados,
Por la calle triunfal de los Gomeles
Se acercan, y Abdallah cuando los mira,
Luchando con dos lágrimas suspira.

LV

Y salta sobre el lomo de su alfana,
Y ya domadas las rebeldes gotas,
Seguido de milicia mauritana
Con lucidos penachos y marlotas,
Sale á encontrar la Corte castellana,
Radiosa por el oro de sus cotas,
Menos que por los gozos interiores
Que la victoria infunde en vencedores.

LVI

Allí la flor de España: entre guerreros
 El Grande Capitán; Juan de la Encina
 Entre poetas; entre Consejeros
 Y Ministros de Estado, se adivina
 A Mendoza y Jiménez de Cisneros;
 Entre nobles, los Duques de Medina
 Sidonia y Celis; Pedro el de Anghiera
 Entre otros sabios, Deza y Talavera.

LVII

Ya á los Reyes Católicos presente
 Desmonta Abdállah triste, y la rodilla
 Va á doblar; pero no se lo consiente
 La magnánima Reina de Castilla
 Cuya voz obedece; y cortesmente
 Cruza los brazos y la frente humilla
 El que no la humilló,—cuenta la fama,—
 Si no es á Alá sublime y á su dama.

LVIII

Y al poderoso rey de los hispanos
 Se apresura á entregar las llaves de oro
 De la ciudad, y haciendo sobrehumanos
 Esfuerzos para contener el lloro.
 Fernando las recibe, y en las manos
 Las pone de la Reina. Ese tesoro
 De dominio señal, de triunfo palma,
 Se debe á la que fué de todo el alma.

LIX

Luego Abdallah tristísimo y doliente
 Abandona á Granada y su retiro,
 Y á cada paso que se aleja, ardiente
 Torna á mirarla; ahógale el respiro;
 Contener no le es dado ya el torrente
 De sus ojos, exhala hondo suspiro
 Y llora amargamente, cuando llega
 Donde no ve á Granada ni su Vega.

LX

Esto pasó, y Colón que forma parte
 De la fastosa, regia comitiva
 Lo vió gozoso, porque el estandarte
 De la Cruz redentora, ayer cautiva,
 Tremola en el musulmíco baluarte;
 Pero más, por que bella perspectiva
 Su pensamiento en vaga lontananza
 A distinguir en otro mundo alcanza.

LXI

Se le había anunciado que pasada
 La triunfal ceremonia, en asamblea
 Numerosa sería examinada
 Por sabios y políticos su idea
 De piadosa científica cruzada,
 Germen que ver en gestación desea,
 Y que la grande Reina en ese día
 Tal vez la noble empresa suya haría.

LXII

La real palabra se cumplió. El malvado
Rey del abismo tenebroso llora,
Por la rota del árabe humillado,
Y por la nueva que se anuncia ahora
Que mira hasta los cielos ensalzado
Al hombre que secretos atesora,
Para él formidables, de gran precio,
Por más que el mundo lo apellide necio

LXIII

Mientras lo vió de todos combatido,
Y sin poder para tan alta hazaña,
Creyó que era mejor darlo al olvido.
No así desde hoy que, vencedora España,
A sus revelaciones presta oído,
Y por tocar la realidad se amaña;
Le importa del baldón de esa victoria
En desquite, no alcance nueva gloria.

Las tres carabelas de Cristóbal Colón, "Santa María," "Pinta" y "Niña."



CANTO TERCERO.

SUMARIO.

Mudanza de las cosas humanas.—Animación del Puerto de Palos.—Muchedumbre que en él espera el momento del embarque.—Faenas á que se entregan los expedicionarios.—Sopla el ansiado viento del Este.—Regocijo del Almirante.—Antes de dirigirse al Puerto recibe la Comunión de manos de Marchena.—Acompañado de éste deja la Rábida.—Llega á las naves entre calurosos aplausos.—Continente del Descubridor.—Número de los tripulantes y nombres de los principales de ellos. Colón examina el estado de las embarcaciones y las encuentra listas.—Manda leer los títulos que lo constituyen Almirante del Océano y Virrey de las tierras por descubrir.—Todos juran obedecerlo.—Les dirige una arenga animándolos para el viaje sin ocultarles las dificultades con que tropezarán.—Los alienta con la grandeza del fin religioso que los lleva y con la expectación de honores y de riquezas.—Da la orden de partida.—Escenas tiernas en los que se quedan.—Temores de los que se van.—Las naves zarpan.—Se canta en coro el "Ave maris Stella."—Se pierde de vista la tierra.—Una pausa.

I

Es ley que rige acá sobre la tierra
La de mudarse todo. El sol fulgente
Nace entre perlas, y la marcha cierra,
Hundiendo en cercos de rubíes la frente;
El cielo está sereno, y hosca guerra
En sus ámbitos se alza derrepente;
La nube hierve, y en sus negros senos
Luz siniestra fulmina y roncós truenos.